

## LA FE DE PAQUITO

Paquito era un muchachito español de brillantes ojos negros y risueña carita sonrosada. Vivía en el campo con su abuelita. Cuando Paquito era muy pequeño, su abuelita le enseñó a amar a Jesús. El chico tenía tanta fe que siempre que necesitaba algo se arrodillaba y se lo decía a Dios.

El mayor gozo de Paquito era ir a la escuela sabática todos los sábados de mañana. Pero el largo viaje se hacía cada vez más difícil para la abuelita.

Un día ella le dijo: “Paquito, me parece que no podremos ir a la escuela sabática tan a menudo, porque vivimos demasiado lejos”.

Paquito contestó: “Pero abuelita, será una cosa terrible no poder ir a la iglesia. ¿No podríamos mudarnos más cerca de la ciudad? ¿Por qué no le pedimos a Jesús que nos ayude a mudarnos más cerca de la iglesia para que podamos continuar asistiendo al culto?”

La abuelita replicó: “Pero Paquito, somos muy pobres y no tenemos suficiente dinero como para comprar una casa más cerca de la ciudad”.

“Pero Jesús puede encargarse de eso”, dijo el muchachito. Entonces empezó a orar para que Jesús los ayudara a mudarse más cerca de la iglesia. La abuelita pensaba que el niño estaba pidiendo demasiado, pero no decía nada.

Un día, un hombre se detuvo ante aquel hogar y dijo: “He pasado varias veces delante de su propiedad. Me gusta su tierra. ¿No quisiera usted cambiármela por una propiedad que tengo en la ciudad?”

La abuela quedó muy sorprendida, pero muy feliz de poder hacer ese negocio.

“¿Has visto? Te dije que Jesús encontraría un lugar para nosotros en la ciudad —dijo el muchachito lleno de alegría—. Él contestó mi oración”.

Paquito y su abuelita se trasladaron a su nuevo hogar en la ciudad. Durante muchos meses siguieron asistiendo a la iglesia todos los sábados.

Pero un día la abuelita dijo nuevamente: “Paquito, yo soy muy anciana. Me es muy difícil caminar aun estas pocas cuadras. Temo que tendremos que dejar de ir a la iglesia. Cuando tengas más edad, podrás ir solo”.

Paquito no quería ni pensar en dejar de asistir a la iglesia. Así que empezó a orar de nuevo: “Querido Jesús, yo deseo ir siempre a la escuela sabática. Ayúdanos a hallar una casa que esté más cerca de la iglesia”.

Y una vez más Jesús oyó la oración de Paquito, porque esta vez hallaron una casa justamente en frente de la iglesia. Ahora Paquito podía ir a la escuela sabática todos los sábados. Su abuelita se sentaba junto a su ventana abierta y escuchaba lo que se decía en las reuniones y oía los hermosos cantos.

Paquito solía decir a unos de los miembros de la iglesia: “Jesús y yo somos los mejores amigos. Él nunca me ha fallado. Siempre ha contestado mis oraciones”.